

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 28 de Febrero de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 146.

Núm. 9.º

Este periódico se publica todos los domingos, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por A. Sánchez Pérez.—*Cánovas*, por Ramón de Campoamor.—*En el natalicio de un niño*, por Pedro Barrantes.—*D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas* (continuación), por Juan Valera.—*Poetas mejicanos*, por Salvador Díaz Mirón.—*La huerta*, por Luis Bonafoux.—*Política nacional*, por G. Reparaz.—*Estrenos*, por Carlos Díaz Valero.—*La gota de agua*, por José Durbán Orozco.—*Los mamarrachos de hoy*, por Aramis.—*Paseos por París*, por L. Arzubialde.—*Nuestras ilustraciones*, por Cicerone.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—La estudiantina (escena de Carnaval).—El Carnaval en Madrid.—El entierro de la sardina.

FOTOGRAFADOS: Los muelles de Bercy.—Luis Anastay.—Vista de la Conserjería.—El cuchillo de Anastay.—Vista de la Opera.

CRÓNICA

In diebus illis, que decía el otro; cuando era yo todavía muchacho (¡muy poco después de la guerra de la Independencia!), cantaban las niñas jugando al corro en el Salón del Prado:

«Yo no soy buena moza,
ni lo quiero ser;
porque las buenas mozas
se suelen perder
en las botillerías,
fondas y cafés»;

recordando esos versos, si son versos, ó lo que fueren, si son otra cosa, digo ahora, sin cantar, aunque bien podría, si es cierto el adagio

Cuando el español canta,
ó rabia, ó no tiene la blanca,

acerca del cual es de advertir que puede ocurrir, y ocurre muy á menudo una cosa y otra,—digo ahora, repito: que yo no soy Presidente del Consejo de Ministros, ni lo quiero ser, porque los Presidentes del Consejo, aunque no se pierdan en las botillerías, fondas y cafés, como las buenas mozas, deben de pasar ratos muy amargos.

Ahí está, es decir, allí,—vamos, donde esté,—el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien antes se tildaba de soberbio y ahora se censura por humilde; muchos de sus amigos se alejaron de él llamándole duro; ahora sus antiguos subordinados conspiran para derribarlo reputándole débil.

Surge entre Francia y España eso que llamaron algunos, excesivamente impresionables, *cuestión nacional*; comienza la llamada guerra de tarifas; publica nuestro Gobierno el famoso arancel de defensa, según la locución de los amigos, ó aranceles del hambre, como lo nombran, con más acierto y más exactitud, los adversarios, y un clamoreo general, en que iban mezcladas y confundidas las voces del productor y del consumidor, las quejas de la industria y los ayes

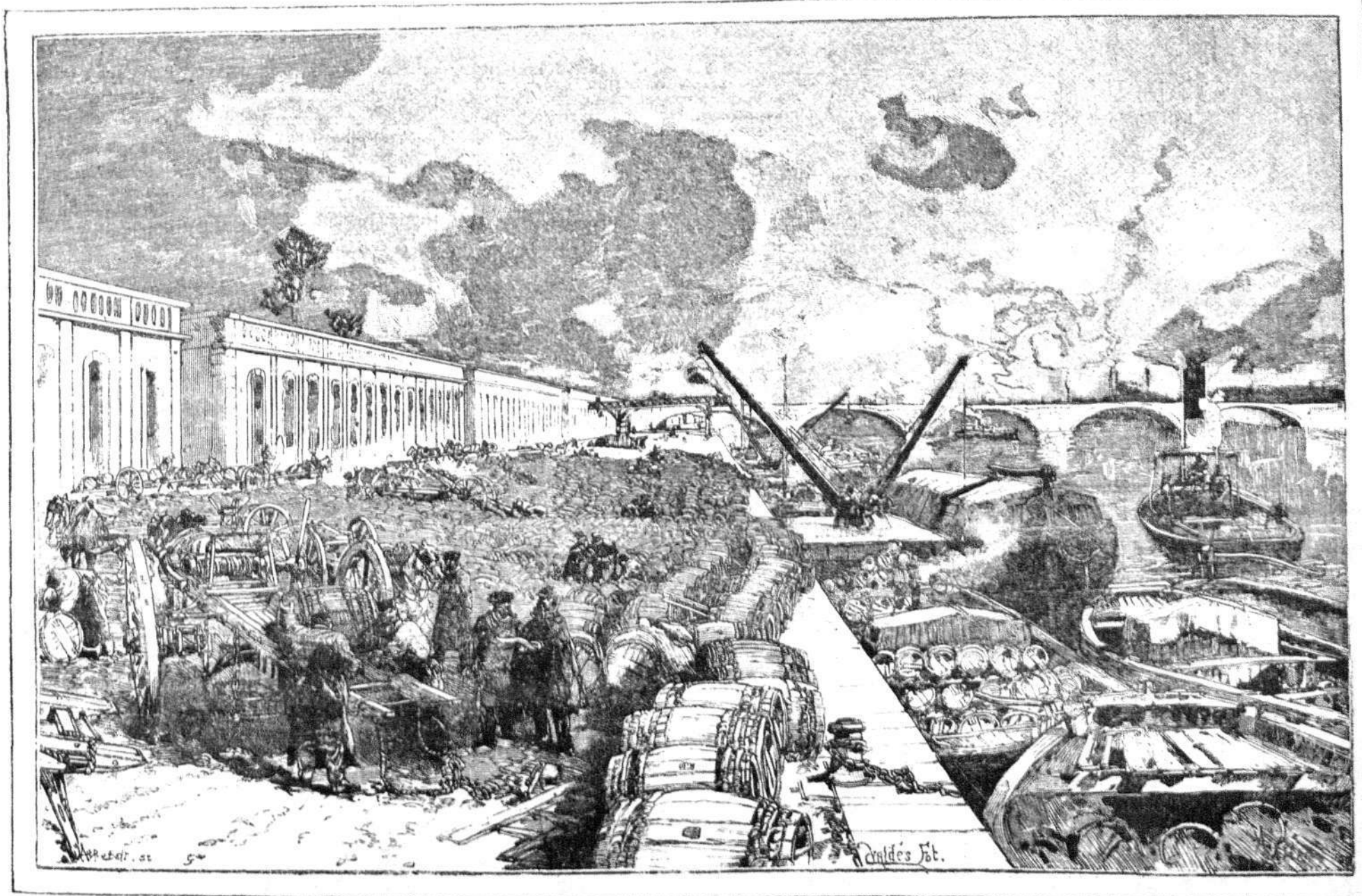
del comercio, se levantó instantáneamente contra esos procedimientos que nos llevaban derechos á la ruina y á la miseria. Entonces Cánovas vuelve en sí (parece que Dios le ha tocado en el corazón), y, como arrepentido del mal que ha causado y del que ha estado á punto de causar, trata de llegar á una inteligencia con Francia—eso parece desprenderse á lo menos de la actitud de sus periódicos;—y cuando á eso tiende, aun disgustando al Sr. Duque de Tetuán, le salen al encuentro los mismos que antes le censuraron y le dicen: «francamente, ese lenguaje de súplica después de las arrogancias de otros días no nos parece el más adecuado para negociar.»

«De suerte que no hay manera de dar gusto á estos señores, dirá Cánovas.

«Cuando pitos, flautas;
cuando flautas, pitos.»

Si soy arrogante, lo hago mal; si suplico, no lo hago bien; si no procuro la inteligencia con Francia, perjudico al país; si trato de llegar á esa inteligencia, también le perjudico: entonces ustedes dirán cómo se conciertan estas medidas.»

No sé; ¿cómo voy á saberlo? si Cánovas dirá eso precisamente; pero de que pensará algo parecido estoy seguro; y cuenta que él no sabe, porque á él no van á decirselo, ¿cómo lo tratan



PARÍS.—LOS MUELLES DE BERCY: LLEGADA DE VINOS DE ESPAÑA

por ahí sus amigos, y qué empeñados están en darle lo más pronto que puedan la jubilación!

••

También era Cánovas del Castillo Presidente del Consejo cuando allá, por el mes de Noviembre de 1875, un abogado, muy joven entonces, de excelente corazón y de nobilísimos pensamientos, el Sr. Lastres, recurrió a unos cuantos periodistas para solicitar su apoyo en una empresa ardua que se proponía acometer: la creación de una *penitenciaría para delincuentes jóvenes*, semejante a las que desde hace ya mucho tiempo existen en casi todos los países civilizados. Los periodistas allí reunidos aplaudieron la iniciativa del Sr. Lastres, reconocieron—como él los reconocía—las dificultades con que iba a tropezar, los obstáculos que necesitaría vencer, y le ofrecieron incondicionalmente su apoyo; la prensa periódica, allí representada entonces, cumplió su palabra, que fue cumplir su deber: el Sr. Lastres ha hecho más que cumplir lo que ofreció; ha realizado casi por completo lo que se proponía después de una labor asidua, perseverante, obstinada, de muy cerca de diez y siete años.

Pocos días hace el Sr. Lastres, el inteligente iniciador de tan fecundo proyecto, el laborioso realizador de tan hermosa idea, reunió de nuevo a los que aun viven de aquellos que en 1875 le prestaron su apoyo, y les dio cuenta de las vicisitudes por que el proyecto ha pasado en más de tres lustros, de lo conseguido hasta ahora y de lo que falta por lograr todavía.

El establecimiento existe ya; está fundado bajo la advocación de *Santa Rita*, y se halla en unos terrenos próximos a Carabanchel que pertenecieron al Marqués de Casa Jiménez, el cual los cedió gratuitamente para este fin piadoso y caritativo.

En ese Asilo, ó si se quiere Casa de corrección, tendrán cabida los jóvenes de más de nueve años y menos de quince, á quienes la ley declara irresponsables y que hayan cometido actos en que se descubran tendencias ó indicios de criminalidad: los niños menores de edad á quien los padres obliguen á realizar actos contrarios á la moral ó á las leyes; por último, los hijos de familia á quienes sus padres, con motivo justificado, quieran imponer una corrección que no deje impresos para lo porvenir antecedentes penales que, andando el tiempo, podrían ser de tristes consecuencias.

A este fin se ha logrado ya sacar del Código penal y trasladarlo al civil lo referente á esas faltas que podríamos llamar domésticas y que son castigadas por la autoridad paterna solamente; el Sr. Lastres, después de dar noticia circunstanciada de los esfuerzos hechos y de los resultados obtenidos, dió gracias á la prensa: ¡ah! la prensa debe dárselas, y muy cumplidas, y muy expresivas, al Sr. Lastres por haberla asociado á tan noble, y tan digna, y tan civilizadora tarea.

Aquí donde, por regla general, que padece muy pocas excepciones, todo el que acude á la prensa en solicitud de apoyo, en demanda de publicidad, sólo se propone utilizarla para obtener pueriles satisfacciones de amor propio, ó desahogar pasiones, ó procurarse personales ventajas, merece bien del periodismo todo el que piensa en él para empresas grandes, para proyectos elevados.

Mucho se ha hecho en el camino que el señor Lastres ha recorrido en diez y siete años: pero queda mucho por hacer todavía: á bien que el elemento joven de los periodistas reunidos hace pocos días por el iniciador del pensamiento, habló, y habló muy elocuentemente, por boca del Sr. Moreno, redactor de *El Estándar*, prometiendo coadyuvar con todas sus fuerzas á la completa realización y al desarrollo perfecto de tan plausibles aspiraciones.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

CÁNOVAS

HOMBRE de Estado, orador, filósofo, poeta, literato; por la extensión y la intensidad de sus facultades intelectuales, se le conoce entre las gentes imparciales por «un monstruo de talento.» Pero sus enemigos y sus amiguillos, unos por malevolencia, y otros por familiaridad, todos truncamos la frase llamándole solo: *¡El monstruo!*

A pesar de ser poco calumniado, no he conocido, sin embargo, un hombre de quien más nos guste murmurar á todos. Y es porque, como di-

cen los árabes, es muy apetitoso el poder arrojar piedras á los árboles cargados de frutos de oro.

La calumnia más grave que yo he oído de él es la de que, cuando habla de su edad, se quita algún año. Aunque esto fuese verdad, la resta del año resultaría inocente, porque todos, incluso él, sabemos que nació en Málaga el 8 de Febrero de 1828.

Su tío, el Sr. D. Serafín Estévez Calderón, que porque le veía simultáneos cursos en la Universidad le llamaba D. Antonio *Tragaleyes*, tenía el propósito de dedicarle á la Iglesia. Hoy probablemente el Sr. Cánovas se alegraría de que se hubiese efectuado este primer programa de su vida, porque, según decía un hombre competente, sólo en tres estados se puede encontrar la felicidad terrenal: siendo desde los veinte á los treinta años, viuda, hermosa y rica; desde los treinta á los cuarenta, General con fortuna; y de los cuarenta para arriba, Arzobispo.

He tenido la dicha de conocer mucho á su difunta esposa la Sra. D.^a María de la Concepción Espinosa de los Monteros, hija de los Barones del Solar de Espinosa, una murciana, como decía un poeta del gran Teodosio, *divina y merced en cuna de oro*. Aquel ángel de candor y de modestia hablaba de su marido con la misma adoración que si el señor Cánovas fuese un santo como ella.

Se cuenta que una vez que el señor Cánovas reunió bastante dinero para poder mandar cantar á un ciego, recordando sin duda la expresión del sublime vate

Por mi mano plantado tengo un huerto,

compró unas cuantas centiáreas de terreno y plantó también su huertecito. Pero así como el Sr. Aparisi y Guijarro adquirió un molino, que al otro día se lo llevó una avenida, Dios tuvo por conveniente destruir por medio de una tempestad el huerto del Sr. Cánovas. Apruebo la conducta de Dios; porque de este modo, aunque el señor Cánovas, como floricultor desahogado, para producir la imagen de su pretendido huerto ha convertido en jardines todos los corredores y balcones de su casa, esto de plantar en tiestos patatas de dalia no le impide ocuparse, como se lo hubiera impedido su soñado huerto, en servir á su patria, á costa de la salud de su cuerpo y la tranquilidad de su alma. Así figurará en el panteón histórico del país que más vale, un hombre que, según la frase del señor Martos, «vale más que su país.»

Como estadista, digan lo que quieran sus émulos, todos esos favoritos de la fortuna, antiguos y modernos, cuyos nombres se suelen evocar para querer eclipsarle, comparados con él, me parecen unos segundones, pero muy segundones que sólo han heredado alguna de las grandes cualidades de su ilustre primogénito.

Tiene, como las mujeres, la manía del talento. A los hombres no los divide, según las reglas de la moral y la economía caseras, en útiles y holgazanes, sino en tontos y discretos. Para juzgarlos les aplica siempre el criterio del entimema de Descartes: «¿Piensan? luego son.»

En principios de gobierno es intransigente como todos los ideólogos, y cuando se sube al mirador de su desdén, lo cual sucede á menudo, como mira desde tan alto, ve á todos los hombres pequeños, y los juzga mal, no por voluntad, sino por un error de perspectiva.

En cambio, los de abajo se empeñan en verle siempre encaramado en el Pico de Teide de su amor propio, y disminuyen su tamaño mirándole desde lejos, y cayendo voluntariamente, para vengarse de él, en otro engaño de óptica.

Este desacierto constante entre él y sus detractores le debe hacer pasar grandes temporadas de hambre y sed de justicia. Cuando la iniquidad se cierne sobre su cabeza, hay horas en que desconfía totalmente de la honradez del género humano. Se conoce que se olvida de aquel verso de Argensola:

¡Ciego! es la tierra el centro de las almas!

Predicar y morir en paz es imposible.

¡Cómo! un propagandista de las ideas de orden tan militante como el Sr. Cánovas, ¿pretendería acaso gobernar sin contradictores malignos? Los partidos políticos son como los salvajes, que hallan muy higiénico el comer carne cruda de misionero mártir.

Si la opinión de los políticos patrioteros es injusta con él, en cambio el Sr. Cánovas debía ser más desdenoso y menos agresivo con ellos al devolverles sus malevolencias, aunque sean, como suelen ser, de tan mal gusto que rayan en ordinarietas.

Cuando el Sr. Cánovas se queja de esos chistes que sólo hacen gracia á los labriegos, muchos le podrían preguntar, como el emperador Guatimozin: «Y yo, ¿estoy acaso sobre un lecho de rosas?» Hoy precisamente, en uno de los periódicos que más descortesías han cometido con él, poniendo en práctica el aticismo de la retórica plebeya, se me llama á mí «enano cabezudo.»

Estos ataques sin finura le suelen hacer creer al Sr. Cánovas que tiene enemigos. Apreensiones de sus nervios en tensión. Yo, después de hacer la señal de la cruz, acostumbro á acercarme al corro de esas dos docenas de políticos de encrucijada que hablan mal de él, y puedo asegurar, como testigo de audición, que por su indisputable talento, por la rectitud de sus intenciones y por la modestia de su vida, el Sr. Cánovas ni tiene ni puede tener enemigos. Lo que sucede es que tiene muchísimos envidiosos, y éstos ya se sabe que sólo son una especie de admiradores inversos.

Cuando estemos todos en ese campo sin odios que se llama el cementerio, las gentes cruzarán indiferentemente por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras que no habrá un sólo español que para honrarse á sí mismo y á su patria no se descubra reverentemente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas.

Orador: su cualidad de orador es lo que le ha dado una reputación más universal. Y aquí es ocasión de decir que no es su incomparable elocuencia lo que muchos pensadores admiran más en él, porque ya se sabe que el punto más alto para mirar las cosas es la posteridad, y que no son los mejores oradores los más dignos de ser aplaudidos, porque se puede ser un gran orador sin tener un gran talento.

Efectivamente, yo he oído á los principales oradores de mi tiempo, y la mayor parte han dejado en mí una impresión parecida á la que nos dejan los cantos de ciertos pájaros que se escuchan pasar por las orillas de un bosque.

En la elocuencia no es tan importante lo que se dice como el momento y la manera de decirlo.

El orador y el actor suelen ser los héroes de una grande hora, pero no pueden ser los admirados de todas las horas.

La elocuencia y la mímica mueren con los actores.

Sacud á Demóstenes de la boca aquellas supuestas piedrecitas legendarias que se metía en ella para disimular su tartamudez; suprimid de las oraciones de Cicerón la repensada y reescrito; quitad á Danton la arrogancia y á Mirabeau el descaro, y las felices ocurrencias de todos ellos no bastarían para formar la reputación del más adocenado de los escritores.

Pero, en fin, es forzoso reconocer que hay elocuencias con talento; una pasiva y sin réplica, como la del púlpito, y otra activa, como la contencioso-parlamentaria. Esta segunda es una esgrima intelectual de la cual el Sr. Cánovas siempre será uno de los profesores más consumados. El chiste corrosivo y la reticencia enterrrenglonada son en él golpes secretos que el contrario no puede ni prever ni parar. Parece que, como á Fausto en el duelo con Valentin, le ayuda un genio invisible que aparta la espada del contrario con objeto de que él pueda herir con acierto y sin peligro.

En su manera de discutir, empieza por crear con sus ideas generales una especie de círculo del infierno, y después que ha rodeado de llamas á sus contrarios, á un fuego más ó menos lento, unas veces los fríe y otras los cuece, aunque, como el maestro Dante, es más aficionado á freirlos que á cocerlos.

Filósofo: como todos los hombres idealistas condenados á ser prácticos, en vez de explicar lo sensible por lo inteligible, tiene que sacar lo inteligible de lo sensible, á imitación del Ángel de las Escuelas, y de este modo construye una teoría sobre cada hecho; y como no pueden existir dos hechos enteramente iguales, de aquí suele resultar que la teoría de la semana pasada no está del todo conforme con la doctrina de la semana presente.

De estas rompientes negras del cielo de luz de las ideas absolutas no tiene la culpa el Sr. Cánovas, sino el punto de partida de todos esos grandes menestrales que trabajan en la erección de las Torres de las Babilonias políticas, y que consiste en comenzar la ciencia por un expediente, método universalizado por Aristóteles, ese genio pedestre que ha condenado al entendimiento humano á una cojera incurable al arrojar violentamente desde el cielo á la tierra al león del platonismo.

Por efecto de su vasta inteligencia, él quisiera resumir todos sus conocimientos en una síntesis suprema. Este es el único imposible que el señor Cánovas persigue. Idealista por carácter, y positivista por oficio, a pesar suyo tiene que fundar sus construcciones espiritualistas en el fango de la realidad.

Para conseguir su objeto hubiera tenido que fundir lo ideal y lo real en un todo pantefístico; pero su naturaleza, perfectamente artística, es refractaria á todos esos amasijos irrefundibles, confusos, indeterminados y bárbaros.

Poeta: con permiso de ciertos criticadores que no saben que se pueden sacar de las rimas del Sr. Cánovas más versos de poeta que de todas las obras de muchos ingenios que ellos juzgan de primer orden, diré que el Sr. Cánovas del Castillo para lo que principalmente había nacido es para ser un hijo predilecto de las Musas. Varias de sus composiciones pueden rivalizar, por su sencillez y naturalidad, con las más escogidas de alguno de nuestros místicos. Si la balumba de los negocios públicos no le hubiera ocupado el tiempo, así como ha dado carácter científico á la gubernación del Estado, tal vez, siguiendo las tradiciones de Fray Luis, hubiera impreso un sello solariego á esa poesía franco-italiana, llamada clásica, que no tiene de española más que

la fraseología culterana, y que ni es clara, ni tiene ningún ingenio, al revés del gongorismo, que, aunque es oscuro, le sobra ingeniosidad.

¡Poeta! cuando el sentimiento le enardece pudieran envidiar su estro los que le censuran porque tienen la presunción de creer que son más parientes que él de los Dioses del Olimpo. No hay en todo el viejo Tirteo nada que se pueda comparar, entre otras, a esta frase del Sr. Cánovas, llena de una profundidad y de una ternura infinita: «Con la patria se está con razón y sin razón, como se está con el padre y con la madre.»

Literato, historiador claravidente, sabe bien todo lo que sabe, y adivina además por inspiración casi todo lo que ignora.

Si es un encanto oírle hablar de lo que sabe, es más encantador todavía oírle discurrir sobre lo que no entiende.

Su tendencia a lo tradicional le arrastra a arcaizar un poco su estilo literario; y yo creo que por su predilección a los clásicos, preferiría ser igual a Melo a parecerse a sí mismo.

Se ocupa mucho en estos momentos en resolver esos problemas que los políticos en su jerga llaman sociológicos, no sólo con la fe de un creyente, sino con la tenacidad de un crédulo. Los escritores, como yo, que para juzgar estas pampinas tenemos el buen humor de Horacio, le somos profundamente antipáticos. Yo creo que esta ha sido la causa principal de que a mí me haya mirado con escasísima buena voluntad.

En los nuevos estudios que acaba de publicar hay una excelente Memoria, leída en el Ateneo, en la cual resucita los méritos de españoles amigos y adversarios suyos, que aunque hace poco que han muerto, parece que su recuerdo ya se había borrado de la memoria de los hombres.

En esos estudios se halla también su famoso libro de *El Solitario y su tiempo*, en el cual, agrandando desmesuradamente la silueta literaria de su tío y bienhechor el Sr. D. Serafín Estévez Calderón, lo ha convertido en el centro de un sistema planetario, haciendo girar a su alrededor todos los acontecimientos políticos y literarios de la época moderna.

El título de este libro tiene el defecto de impedir el uso de otro título mucho más exacto y comprensivo que se escribirá en el porvenir: *Cánovas y su tiempo*.

La Memoria y el libro, además de sus condiciones literarias, tienen el mérito superior de ser dos honradas acciones.

Los que le tratan íntimamente dicen que el Sr. Cánovas es un murmurador a la manera de Tácito. Esto no es cierto; porque el *tizón* de los Emperadores era una mala lengua sin gracia, y la conversación familiar del Sr. Cánovas es tan chispeante de luz que, sin malevolencia alguna y sólo por sobra de ingenio, muestra a los que le escuchan los lunares más inesperados de sus amigos y las pecas menos visibles de sus amigos.

Y repito que todo esto lo hace con la inconsciente vivacidad de un niño terrible (por supuesto, hablo en metáfora), pues los mismos que hemos sido en varias ocasiones apredreados por el granizo de sus tempestades de verano, tenemos que confesar que hay en él una cosa más grande que su cabeza, y es su corazón. Hasta cuando se halla más henchido de resentimientos, se venga sólo con frases aceradas que suelen desollar vivos a sus adversarios, pero nunca se venga con hechos que puedan cercenar en lo más mínimo ni el bienestar de su vida ni la integridad de su fortuna.

Como buen artista, jamás se ha permitido más lujo que el de tener, como cualquier rentista mediocre, buena cama y sillas cómodas.

Este hombre, que para el vulgo de los políticos pasa por un ambicioso insaciable y que no cabe en ninguno de esos trapos bordados de oro que simbolizan las categorías de las grandezas humanas, estoy seguro de que vivirá contento y orgulloso dentro del manto, de ese antiguo uniforme universitario que se llamaba *la capa del estudiante*.

¿Dónde está la ambición de un hombre que tiene como única y la mayor recompensa de todos sus servicios la fotografía de una familia augusta, con una dedicación que dice: «Al eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo, una familia española agradecida.»

Después de preparar la restauración de D. Alfonso XII, de la cual fue la idea, mientras que los señores Romero Robledo y Ayala representaban el sentimiento y la acción, el Sr. Cánovas se cree suficientemente recompensado con poseer una cartulina que es para él lo que fue para Jasón la conquista del vellocino de oro.

Cuando los hombres políticos no son un principio, no son nada; y él, no sólo es un principio porque ha formulado el dogma del partido conservador, sino que además lo ha reglamentado imponiéndole la disciplina.

Hay hombres-leyes que siempre son los directores de la opinión, y nunca sus lacayos.

Despreciador en idea de las opiniones de escalera abajo, tiene una invencible repugnancia a respirar el aura de las capas inferiores de la atmósfera social, porque sin duda cree, como mi humilde persona, que en política no se puede ser demasiado popular sin adolecer de un poco de baja.

La fe púnica de sus émulos se empeña en hacer creer que la virilidad intelectual del Sr. Cánovas está en decadencia. ¡Ah, cartagineses! Precisamente desde que ha entrado en la edad madura es cuando siente con más vivacidad y piensa con más ingenio. Ignoran estos malos psicólogos que las mejores cosas en la vida siempre las hacemos en la segunda mitad del camino de la muerte.

Como todos los hombres excepcionales, tiene la gloria de que la envidia, distraída de rivalidad, le siga como si fuese su sombra. Y eso ¿qué importa? La vida sin ciertas mortificaciones sería una vegetación insulsa.

Cuando los que ignoran que para el Sr. Cánovas las posiciones no son una vanidad, sino una carga, y le juzgan dichoso con la fama que despreja y el poder que de nada le sirve, yo sé, sin que él me lo haya dicho, que en el fondo de su retiro vive diciendo como Severo: «Yo fui todo, y todo es nada.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EN EL NATALICIO DE UN NIÑO

De la existencia en la feliz mañana,
gozoso y sonriente,
muestras el rostro placido y tranquilo
y el alma como el ampo de la nieve.

Cuando pase tu infancia como un sueño,
cuando a la edad de las pasiones llegues,
tal vez encaneidos por las penas
mis cabellos blanqueen.

Entonces tú serás el sol radiante
que en la mitad del día resplandece,
y yo seré el crepúsculo que espira,
el triste sol que en el ocaso muere.

Te dictará consejos mi experiencia,
que el hielo de la vida inspira siempre,
para apartar de tu feliz camino,
del amargo dolor las turbias heces.

Hasta entonces descansa, dulce niño:
sueña, cual soñar deben
los ángeles, con áureos horizontes,
con pájaros y flores y vergeles.

¡Es tan corta la edad de la inocencia!
la niñez es tan breve,
que por eso, anhelando tu ventura,
te digo, como Bécquer
decía en celestial arrobamiento
a una mujer a quien amaba: *¡Duerme!*

PEDRO BARRANTES.

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

(Continuación.)

Como mi intento es presentar primero el retrato de D. Ángel de Saavedra, más que como hombre político, como poeta y como literato, paso aquí por alto los sucesos en que intervino desde su más temprana juventud, hasta que en 1823 tuvo que salir emigrado.

En compañía de su amigo D. Antonio Alcalá Galiano, salió D. Ángel de Cádiz a principios de Octubre, y pasó a Gibraltar, empezando así sus peregrinaciones de proscrito. La Audiencia de Sevilla había lanzado contra él sentencia de muerte y confiscación de bienes.

En Gibraltar permaneció D. Ángel algunos meses, muy delicado de salud. De allí se trasladó a Londres, en Mayo de 1824. Y como el clima de Inglaterra le probase mal, a fines del mismo año salió de allí para Italia, donde, merced a buenas cartas de recomendación, creyó que le dejarían vivir tranquilo.

Antes de ir a Italia se detuvo en Gibraltar, donde contrajo su ya concertado matrimonio con la señora doña Encarnación de Cueto.

En Junio de 1825 llegó a Italia con su joven esposa; pero la policía de aquel país, movida por su propia crueldad y excitada además por la diplomacia del Rey Fernando VII, no consintió que en Italia permaneciese. En Lorna se embarcó, pues, para Malta, a donde, después de tremenda navegación, llena de peligros, y en que estuvo a punto de naufragar, aportó con el intento de embarcarse de nuevo para regresar a Londres.

La benignidad del clima de Malta, la baratura y facilidad de la vida, y la bondad hospitalaria de los habitantes, hicieron que D. Ángel cambiase de propósito.

Su estancia en aquella pequeña isla del Mediterráneo duró cinco años. Allí nacieron sus tres hijos mayores. Y allí escribió gran parte de *El moro expósito* y muchas otras de sus más bellas producciones poéticas. Deseoso al cabo de acercarse a su patria, salió de Malta en 1830, con el intento de ir a residir en París. La policía francesa no permitió que viviese en aquella gran capital y tuvo que resignarse a vivir en Orleans, confiando.

En Orleans le sorprendió la revolución de Ju-

lio. Triunfante ésta, se trasladó D. Ángel a París, donde volvió a ver y tratar a sus antiguos amigos particulares y políticos, entre los cuales sobresalían Galiano e Istúriz.

En París y en Tours continuó viviendo D. Ángel hasta la muerte del Rey D. Fernando VII.

La Reina Cristiana dió entonces amnistía amplia, y D. Ángel de Saavedra pudo volver a España, y volvió en 1.º de Enero de 1834, a los diez años y tres meses de emigración. A poco, el 15 de Mayo de aquel año mismo, falleció el hermano mayor de nuestro poeta, y este heredó sus títulos y bienes, siendo desde entonces el Duque de Rivas.

He contado, en brevisimo resumen, esta parte de la vida del Duque para marcar bien el más fecundo período de ella; no porque D. Ángel de Saavedra se transformase en la emigración, sino porque los diez años que la emigración duró fueron aquellos en que sus prendas de poeta alcanzaron todo su brio y poder y en que produjo lo mejor de sus obras.

Este período de la vida del Duque, constituye, además, un período completo y distinto de la historia literaria de España en el siglo XIX; el período de la emigración.

Sotocada la actividad intelectual en nuestra patria por culpa de la tiranía, y suspendido todo libre, paladino y espontáneo movimiento de la mente humana, el pensamiento español salió de su centro y puso su foco fuera de la nación misma de que había nacido.

Harto se entiende que nadie, y mucho menos quien esto escribe, y que no gusta de generalizar, puede hacer el anterior aserto sin grandes restricciones. Dentro de España misma no hubo de quedar como aletargada y en suspenso la vida del espíritu. Todavía quedó en España un partido que pensaba, deliberaba y ejecutaba; pero este partido era el que, aterrado é irritado por los excesos de la demagogia, que tan sangrientos resultados dió en Francia durante la primera República, quería ahogar toda libertad y soñaba con un pasado fantástico é irrealizable. Aun así, sin darse tal vez cuenta de ello, el partido que tiranizaba a España se valía de medios análogos y tomaba carácter parecido a los de la demagogia francesa, cuyo odio y horror le había solevado. España, de 1823 a 1833, tiene toda la traza de una democracia fraíluna, donde se cumplen las resoluciones de una baja plebe ignorante y fanatizada. El Rey parecía como el principal demagogo, mandando satisfacer las venganzas de la muchedumbre, a veces con placer, a veces con repugnancia, y a veces, si mitigaba el furor, desagradando a los más vehementes y duros del partido en quien se sostenía, y que llegaron a rebelarse contra él acusándole de criminal indulgencia.

Ello es que, sin culpar singularmente a nadie, y reconociendo que hay mucho de superior a la voluntad de los hombres en los hechos históricos, los años que corren desde la vuelta de Fernando VII de su cautiverio hasta poco antes de su muerte, son acaso los más tristes y funestos de la historia de España, desde que España llegó a tener unidad política a fines del siglo XV.

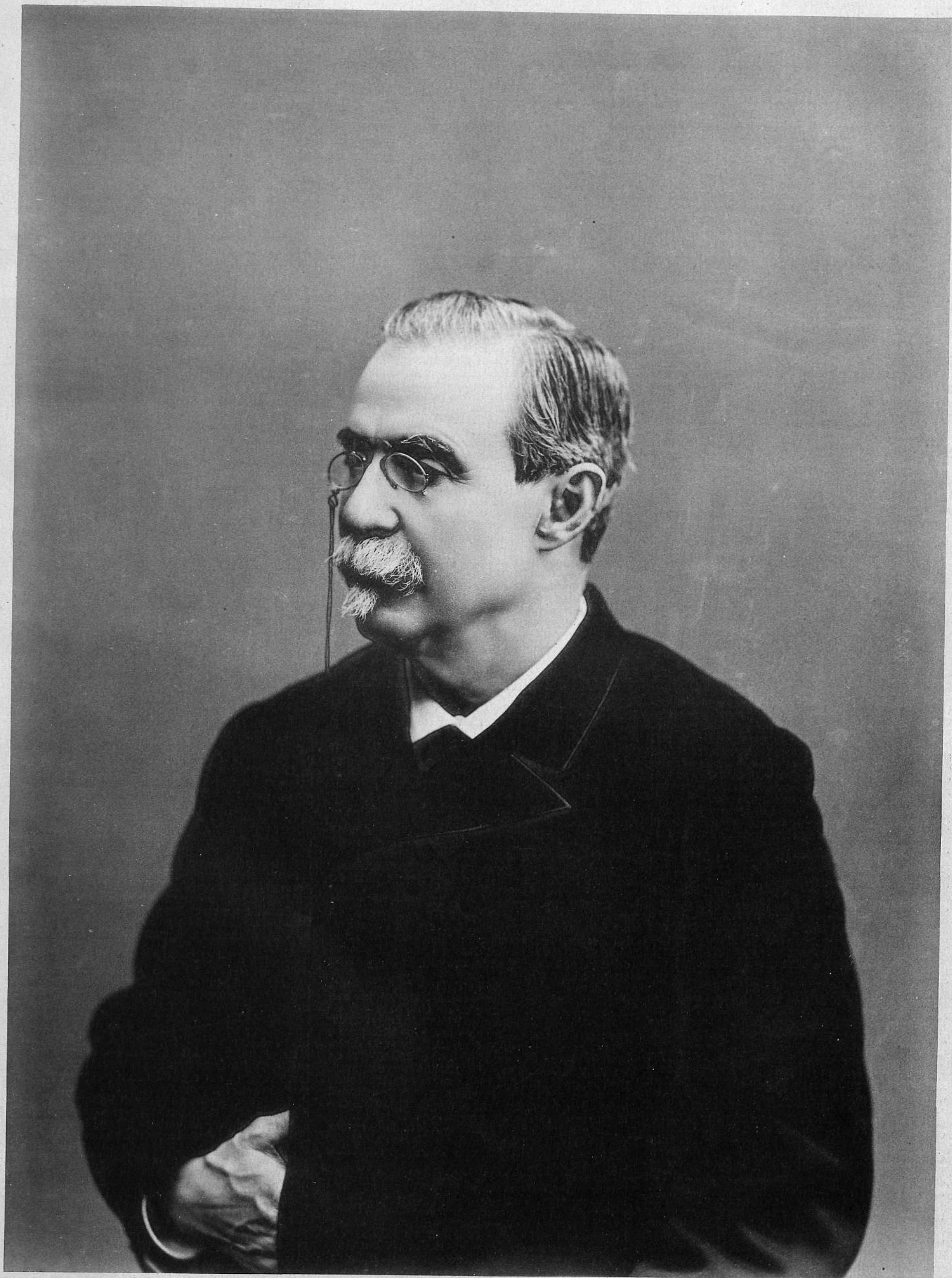
Los laureles, que a costa de tantos sacrificios, hazañas y sangre, habíamos ganado en la guerra de la Independencia, no nos valieron; y en los Congresos que reorganizaron la Europa fuimos desdeñados y relegados a lugar secundario: nuestro inmenso poder ultramarino se deshizo, despedazado nuestro imperio en América, y convertidas en turbulentas Repúblicas las antiguas colonias; y la mejor y más legítima de nuestras aristocracias, la del saber y del ingenio, se vió perseguida y humillada, gimiendo no pocos de sus miembros en cárceles y calabozos, y errantes muchos por extraños países. Para colmo de infortunios, fué costoso y trágico desenlace de tan horrible situación una guerra civil que duró siete años.

En los diez últimos del reinado de Fernando VII no se afirma que el letargo mental de España fuese tal que se asemejase a la suspensión de la vida. El espíritu español fue aceptando, dentro de España, como en misteriosa incubación, muchas de las ideas y doctrinas propias del siglo presente; pero donde fué más activa esta evolución fué en tierra extranjera. La vuelta, pues, de los emigrados en 1834, abre nueva era, y España, política y literariamente, presenta faz más conforme con la del resto de Europa, y no por eso menos española y castiza.

Lo que podemos y debemos llamar literatura de los emigrados, entró entonces con ímpetu como elemento renovador en la vida del pensamiento de los españoles, y acabó de imprimir en ella distinto carácter.

Ni menoscaba el valor de la cultura propia española este modo de entender y de explicar los hechos. No volvieron los emigrados con un caudal exótico de saber y de ideas, cuyas raíces y fundamento eran de otra tierra, sino con el fruto del saber propio y español de ellos, que hubo de madurar y sazonar en ambiente más libre, donde no existía poder despótico que le comprimese y secase.

Algo muy parecido, algo casi idéntico había ocurrido pocos años antes en Francia; y no por eso se sostiene que Francia fuese un país atrasa-



FOTOGRAFÍA DE F. DEBAS.—MADRID.

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.

do y que volviesen á ilustrarle desde la emigración los que en ella habían adquirido doctrina. Lo que si fué cierto es que, lanzada también de Francia una parte de su aristocracia mental desde 1790 á 1815, pensó, escribió y formuló sus ideas fuera de Francia sin dejar de ser Francia, con la cual, cerrado el período de la emigración, volvió á incorporarse.

La literatura de los emigrados, así en Francia como más tarde en España, fué una literatura de oposición y de protesta contra el poder que propendía á encerrar todo el pensamiento nacional en un molde de oficio y á dirigir la corriente de las ideas por cauce determinado.

JUAN VALERA.

(Continuad.)

POETAS MEJICANOS

I

Á los héroes sin nombre.

¡Milicias que en las épicas fatigas
caisteis, indistintas é ignoradas,
cual por la hoz del rústico segadas
en tiempo de cosecha las espigas;
que moristeis á manos enemigas,
fulgentes de entusiasmo las miradas,
tintas hasta los puños las espadas
y rotas por delante las lorigas!

¡Oscuros Alejandro y Espartacos!
la ingratitude de vuestro sino aterra
la musa de los himnos elegiacos.

¡En las cruentas labores de la guerra
semebradora de lauros, fuisteis sacos
de estiércol ¡ay! para abonar la tierra!

II

Á las cosas sin alma.

Cosas sin alma, que os mostráis á ella
ó la servís en muchedumbre tanta,
¡temblad! la móvil hora no adelanta
sin imprimiros destructora huella.

De la materia resistente y bella
tomad lo que más dura y más encanta;
si sois piedra, sed mármol; si sois planta,
sed laurel; si sois llama, sed estrella.

Mas no esperéis la eternidad; el lodo
se disuelve en la ola que lo crea.
¡Dios y la idea, por diverso modo
pueden sólo flotar en la marea
del objeto y del sér; Dios sobre todo,
y sobre todo lo demás, la ideal!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

LA HUERTA

RURIOSO lector de *El Motín*, tenía empapeladas las paredes de la casa con caricaturas del periódico anticlerical; y la casa, para ser de pueblo, no era mala: de planta baja, como vivienda de aldea, pero con hermosa huerta, y en la huerta naranjos y limoneros que por primavera oían á gloria.

El Sr. Lucas era una antigualla... modernizada, un castellano al revés, porque había puesto las virtudes de su carácter al servicio de todo lo que iba contra Dios y el Rey. *El Motín* era, á su juicio, la última palabra del credo revolucionario; no creía en otra cosa, y las caricaturas del periódico venían á ser los santos de la devoción de su casa.

Doña Valentina, su esposa, no creía mayormente en *El Motín*, pero se sentía hipnotizada por aquel Lucas, á quien no estorbaba lo negro, y que discurría con cierta prosopopeya sobre los artículos y sueltos, embozado en una capa parda que era su compañera inseparable, más aún que la misma Valentina.

Cierto que el Sr. Lucas no era un genio ni mucho menos, puesto que decía cuando se acatarraba que tenía *constipación de sienes*, y llamaba al mar sólido por solitario; pero como todo es relativo, era en la aldea una autoridad política y literaria, singularmente para Valentina, la cual se sentía orgullosa de su Lucas, y lo demostraba reservándole respetuosamente la mejor parte del cuero de cerdo, alimento de los cónyuges los más de los días.

¡Aquellas atrocidades de los *cleripópotos*! ¡Aquellos *palos* á los republicanos que no querían unirse «para echar abajo lo existente»! El Sr. Lucas se entusiasmaba con todo eso; y mucho más le entusiasmaba la caricatura del hombre del pueblo con pañuelo aragonés y alpargata catalana, el cual hombre, que parecía por lo elevado de la estatura un gigante, al lado de Salmerón, Pi y Zorrilla, amonestábalos severamente, enseñándoles el dedo rotero del porvenir con el dedo índice, muy gordo por cierto, de la diestra mano... El Sr. Lucas *explicaba* la caricatura; él campaba allí por sus respetos, y no se hubiera hallado en diez leguas á la redonda quien se atreviese á contradecirle. El cura, con todo de ser cura, estaba espantado.

Pero la gloria es efímera, y la del Sr. Lucas vino á menos con la aparición en el lugar de un re-

volucionario que, como *El Judío Errante*, no se sabía ni se supo nunca de dónde vino: tranquilo al parecer muy metido en sí, sobrio de palabras y... sin capa parda.

¡Qué desencanto! Aquel *energúmeno*, como le llamaba el cura, decía del Sr. Lucas que estaba atrasado un siglo... ¿La República? ¡qué tontería! Llegarían al poder los mismos ministros con diferentes collares, y el pueblo, el hambriento, el desheredado eterno, continuaría gimiendo y llorando como si tal República existiera, royéndose los codos, esclavizado por el trabajo, deshonorado por los amos... Aquello, predicar por la República, era una antigualla... como el Sr. Lucas. Los tiempos eran otros. Bueno que los burgueses hicieran la revolución contra los nobles y abatieran el principio autoritario; pero eso ya pasó; ahora el pueblo, el verdadero pueblo, tenía que acabar con los burgueses y con el principio individualista que representan. Hacía falta volverlo todo de arriba abajo, no dejar piedra sobre piedra, tener por símbolo de la política la horrible creación de un pintor alemán: campo desolado; sobre el campo una pirámide de calaveras, y encima de la más alta, un cuervo... esto es, la anarquía; hacía falta, si, echar á rodar «lo existente», pero empezando por la República, por esa República que era *El Dorado* del buen señor Lucas. Después... después se vería.

Y al señor Lucas se le saltaban las lágrimas; á duras penas probaba ya el cuero de cerdo, y envuelto en la capa parda miraba tristemente, por encima de los embozos, las caricaturas que tenían de adorno las paredes de su casa solariega; el mismo pñeto que representaba al pueblo, le parecía tonto de capirote á pesar del dedo índice estirado, puesto que no empuñaba, pudiendo hacerlo, el trabuco ó la hoz, y él, Lucas, era también un mentecato, un Lucas... Gómez, y además, según el *energúmeno*, un ladrón, un explotador del pueblo, un... burgués.

Aquel invierno fué un horror de crudezas. La anarquía tuvo un aliado: el hambre. Sobre el campo yermo, alumbrado mortecinamente por la luz de las hogueras, aparecían en confuso montón hombres y mujeres alternando con caba lerías y acosados por alimañas que salían del bosque al olor de la carne humana. Puesto que había que morir de hambre y de frío, valía más morir matando; y la intentona, disparatada y loca, estalló bajo las órdenes del *energúmeno*, que poco después fué al patíbulo sin decir palabra, negándose á recibir los auxilios espirituales, firme y convencido, severo y triste, como un Saint Just á la rústica revolucionaria, santificado por el sacerdote, quien con extrañeza de todo el vecindario levantó las manos sobre la cabeza del reo moribundo y le dijo con sublime acento de caridad cristiana: ¡En nombre de Dios, yo te bendigo!...

Fuó un acontecimiento que sacudió la entraña del pueblo, y de uno á otro confin de la comarca corrió por mucho tiempo, envolviendo á los aldeanos, una ráfaga de muerte. El señor Lucas, confundido modestamente con la turba, lo vió todo: la subida al tablado, la mano del verdugo, la sotana del cura, la última mueca del pobre *energúmeno* al echar fuera la ennegrecida lengua...; y de allí á poco murió él mismo, sin que se supiera de qué, ni cómo.

—Salíó á dar un paseo con la capa,—decía Doña Valentina,—y sin probar bocado de cerdo se echó á morir.

Lo cierto es que al señor Lucas, que era hombre de bien, le entró pasión de ánimo, y que murió de envidia y de remordimiento, recordando el Calvario de su contrincante y deseando que también á él le apretaran el pescuezo para purgar el crimen de tener una casa con hermosa huerta de naranjos y limoneros....

LUIS BONAFoux.

POLÍTICA NACIONAL

Necesidad de una política exterior.—Marruecos en peligro.—La política francesa.—España expulsada de Africa.

HAY quien cree que mantener un sistema de relaciones exteriores es asunto de pura conveniencia y de oportunidad, cuyo error, invadiendo á la sociedad española desde la cúspide á los cimientos, ó, para mayor claridad, desde los Sres. Castelar y Cánovas hasta el montón anónimo de la masa popular, se expresa en el siguiente lugar común: *Nada de aventuras*.

Somos un pueblo tímido y asustadizo, tímidamente gobernado. Lo dije hace tiempo en un libro, y lo repito porque sigue siendo tan verdad como entonces. Y nos ha ocurrido lo que á todos los tímidos, los cuales, huyendo de peligros pequeños y á veces hasta de los imaginarios, suelen dar en otros muy grandes y positivos. Por no correr aventuras, temiéndolas todas, hemos dado en la más peligrosa: en tener muy aventurada la integridad nacional, es decir, lo que de esa integridad queda, después de haber perdido en veinte años Borneo, las Carolinas orientales y la Guinea, pues por perdida doy á esta última. Como de cuanto pasa en el mundo nos desentendemos, declarando nuestra impotencia en discursos parlamentarios, en periódicos y en libros, con una franqueza que sería desvergonzada si no fuese tan ingenua, pero que de una ó de otra suerte

nos deprime en el concepto ajeno, puede asegurarse que los de fuera tienen por presentada nuestra renuncia á cualquier derecho, ingerencia ó pretensión que por razones históricas, geográficas ó económicas, pudiéramos alegar. Con España nadie cuenta para nada, por culpa de España misma.

De esto, á servir de blanco á las ambiciones ajenas, no hay más que un paso. El que no es, en mayor ó menos escala, de los que reparten el mundo, acaba por ser de los repartidos; y de que se nos supone en vías de liquidación, ó poco menos, son buena prueba esos rumores de venta de Cuba, cesión de Mindanao, ó de Ceuta, ó de las Baleares—que de todo ha habido—que han circulado, ora por la prensa, ora sólo por las cancillerías.

¿Quién duda de que de esta situación puede resultar una guerra el día menos pensado? Recuerdese el conflicto con Alemania en 1885.

Por tanto, un sistema de relaciones exteriores es necesidad permanente, no asunto de oportunidad y conveniencia. No se puede vivir sin hacienda, ni sin vías de comunicación, ni sin administración: á la par de estas necesidades, está la de una política internacional calculadora y sujeta á programa.

**

Siendo esta verdad tan evidente, no la tienen por tal los políticos ni el país se acuerda de ella. La mayor parte de aquéllos supone que la política exterior es un lujo que sólo pueden permitirse los pueblos á que no quedan graves problemas interiores que resolver. Semejante suposición es disparatada; si fuera exacta, las diferentes naciones casi no mantendrían entre sí relaciones políticas; porque, ¿cuál de ellas no tiene muy serias preocupaciones dentro de casa?

Estas erróneas ideas sólo desaparecerán cuando se hayan abierto camino otras más sanas, y precisamente esta sección tiene por principal objeto divulgarlas, mostrando al lector cuál es el estado de nuestros negocios, así en América como en Europa, Africa y Oceanía, descubriéndole á tiempo los peligros que corre el interés español, y familiarizando la atención de todos con estas materias, seguro de que cuando sea tan vulgar discurrir acerca de ellas como hace quince años lo era á propósito de las formas de Gobierno, y ahora de las cuestiones económicas, tendrá España la política exterior y colonial que la conviene.

Antes no.

**

Siento que esta crónica haya de comenzar con una nota harto pesimista, pero no está en mi mano evitarlo.

La situación del vecino imperio marroquí es mucho más alarmante de lo que la generalidad piensa. La disolución viene rápida é inevitable. La política francesa triunfa; ella, prosiguiendo en el Sahara su obra de disgregación de Marruecos, planteará el conflicto final.

Por eso tiene interés tan capital la llamada cuestión del Tuat. Algunos no la entienden, por no conocer la geografía del Sahara marroquí, las tribus que le pueblan y los antecedentes del suceso, y la consideran—secundando en esto los designios de Francia—completamente francesa. Periódico ha habido, y muy ministerial por cierto, que ha creído patriótico decir que á España nada le interesaban los asuntos del Tuat. *Le Temps* y otros diarios franceses se han apresurado á levantar acta de la declaración, no ocultando su regocijo. Es natural. Ni de encargo se ha podido escribir en España cosa más de su agrado.

Veamos en qué consiste lo que en el lenguaje usual de los periódicos se llama la cuestión del Tuat.

Imagine el lector en el centro del Sahara y próximamente en la latitud de las Canarias, un país cubierto no sólo de palmeras,—las cuales se cuentan por millones—sino de otros muy varios vegetales, bien regado por ríos y pozos y conteniendo algún lago de considerable extensión, muy fértil en granos y abundante en ganados; supóngale—entendiendo que entran en la cuenta, el Tuat propiamente dicho, el Gurara y el Tidikelt—una extensión como la de nuestra Extremadura y una población de medio millón de habitantes; añada que este país viene á ser la llave del Sahara marroquí en Oriente, pues hacia él se dirigen por el Ued-Guir las aguas que, bajadas del Atlas, riegan todos los oasis situados en esta parte del desierto, y que en sus bien surtidos mercados encuentran sustento muchas de las tribus tuaregs, y tendrá idea aproximada de la importancia militar y política de la ocupación del Tuat.

Francia propónese la desmembración de Marruecos comenzando por el Sahara. Sin la feliz guerra de 1870, que nos libró durante veinte años de sus desatentadas ambiciones, hubiera comenzado la realización de su propósito en el de 70, durante la primavera del cual entró á sangre y fuego en el territorio del Sultán el general Wimpffen—uno de los vencidos meses después en Sedán—con 1.800 hombres, y á pretexto de cas-



A. Lizcano lo pinto.

LA ESTUDIANTINA (ESCENA DE CARNAVAL)

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^{IA}—MADRID.



Foto. J. LAURENT Y C.^{ta}—MADRID.

EL CARNAVAL EN MADRID

tigar á los Duai Menia, marchó hasta el Bajariat, á cinco jornadas de Tafílete.

Francia, creyéndose otra vez dueña de sus destinos, reanuda la tradición durante tanto tiempo interrumpida. El general Thomassin ha sucedido al general Wimpffen. Muéstrase muy inclinado á la diplomacia. Hace pocas semanas ha reunido en Ain-Sefra á varios jeques—algunos de ellos comprados previamente—para ver si obtenía de ellos la cesión del Figuig. No le salió la cuenta tan bien como pensaba, por no haber acudido á la asamblea el jefe de Wazzán, al que por cierto no perdonan las autoridades francesas esta falta. De todas suertes, las semillas han quedado depositadas, y regándolas con dinero pronto darán desí una cuestión del Figuig, no menos grave que la del Tuat, y que pondrá á los franceses á muy pocas jornadas de Tafílete nuevamente.

Dinero no faltará, pues de un año á esta parte Francia lo está gastando en grande para la compra de tribus, á las que por primera prenda de amistad entrega buenos fusiles con los que han de derrotar á las tropas del Sultán, su soberano.

Tal es la situación. Su gravedad irá aumentando constantemente hasta que vuelvan á aparecer delante de Tánger las escuadras europeas. Entonces será *el acabóse*.

Los que así no lo ven, están ciegos.

En Guinea todo se ha perdido, incluso el honor. Desde que el comandante del cañonero *Basilis*, Sr. Rogey, tuvo la audacia de entrarse en aguas españolas y obligar á un oficial de nuestra Armada á que arriase el pabellón nacional, so pena de derribarlo él propio á cañonazos treinta minutos después, hasta la fecha, las cosas han ido empeorando de día en día.

Después de aquella afrenta, que quedó impune, los franceses han comprendido que las tierras españolas pueden convertirse en francesas sin otro trabajo que el de entrar en ellas y tomarlas. Así lo han hecho; de suerte que desde el Cabo Esteiras hasta el río del Campo, han sido arrancadas todas las banderas españolas, y se han levantado varios fortines franceses.

La bahía del Galgo, la mejor que en la costa del Sahara teníamos, nos ha sido igualmente arrebatada, y es seguro, á juzgar por la falta de pudor que aquí padecen nación y Gobiernos, que no volverá á nuestras manos.

También se nos niega todo derecho sobre el Adrar, perteneciente á España desde 1886.

En una palabra: habíamos puesto el pie en África, y Francia nos expulsa del continente.

A esta situación hemos llegado por carecer absolutamente de criterio nacional para las cuestiones exteriores. Verdad es que de cuando en cuando soñamos despiertos, y decimos vagamente: *Nuestro porvenir está en África*.

¡Gran porvenir nos espera, dado el presente! Valiera más hacernos cargo de la situación, y prescindir desde ahora de todas las fantasías africanistas, cuya realización reservamos para el porvenir.

Dejarlo todo para mañana, es muy español, pero sólo desastres produce en política. Es, por tanto, preferible á nuestra conducta actual declarar que España nada tiene que hacer en Marruecos ni en ninguna otra parte de África.

G. REPARAZ.

ESTRENOS

Se quejaba el notable periodista Arimón desde las columnas de *El Liberal* de la irrupción de obras extranjeras que, mejor ó peor traducidas—generalmente mal traducidas,—se ponen en escena en los teatros de Madrid.

El cura de Longueval, El amigo Fritz, Felipe Derblay, Thermidor, Mar y cielo (pues también es traducción del catalán), nos dan ejemplo de ello.

Eramos pocos y... vino á la Comedia *El obstáculo*, de Daudet, traducida por Emilio Mario (hijo).

El obstáculo es una comedia inverosímil en su fondo y falta de interés desde el principio hasta el fin.

Fernando está á punto de contraer matrimonio con Magdalena, joven, hermosa y rica,—¿qué gana, eh?—cuya joven es pupila de un magistrado llamado Dillón.

Este Dillón es un hombre ambicioso, de poca moralidad, de temperamento frío, y que tiene el propósito de casarse con su pupila, idea tan original que se le ha ocurrido á todos los tutores de todos los dramas y comedias españolas y extranjeras, del teatro antiguo y moderno.

Cuando está concertado el matrimonio entre Fernando y Magdalena, Dillón dice que el padre de Fernando murió loco, que la enfermedad es hereditaria, y por ello convence á la madre de Fernando de la imposibilidad de celebrar tal unión. Fernando, que está loco de contento pensando en el hartazgo de felicidad que se va á dar con su proyectado enlace, recibe la desagradable visita de la

hermana del tutor, que se presenta á pedirle las cartas de Magdalena, porque ésta ha desistido de casarse con él.

Fernando se queda atónito, y se desarrolla con este motivo una escena de mucho interés. Se exalta y califica de traición de Magdalena aquel acto.

El magistrado, que por lo visto tiene muy poco que hacer—buena ocasión para suprimir la Audiencia,—aprovecha estos arrebatos para decir que Fernando ha heredado la locura de su padre. Entre tanto, Magdalena se ha refugiado en un convento para olvidar el cariño que profesa á Fernando.

Este y Dubois (un maestro de Fernando) se presentan en el convento y consiguen una entrevista con Magdalena; pero el magistrado, que como hemos dicho antes, no tiene nada que hacer, va al convento y dice que Fernando está loco.

Tanto y tanto insiste el magistrado y tanto llora y patea el bueno de Fernando, que la madre de éste, temiendo que su hijo se vuelva loco, dice que ella engañó á su marido y que el hijo era adulterino.

Ya podía haber dicho que era del magistrado,—porque estas atrocidades cuanto mayores mejor;—pero Fernando no lo cree, y con esto se convencen más de que el tutor es un pillo (de lo cual nos habíamos enterado desde el principio); la chica ha llegado á la mayor edad, pudiéramos decir que de golpe y porrazo, y termina la obra consiguiendo los novios casarse.

Les deseamos una eterna luna de miel.

Convendrán conmigo los lectores de este periódico que la obra, á pesar de ser de Daudet, no tiene nada de particular, y que si en vez de ser importada de Francia fuese española, hubiera obtenido una silba monumental y merecida.

En cuanto á la forma, *El obstáculo* tiene frases hermosas; pero ha sido tan mal traducida por Mario (hijo), que está plagada de galicismos, y todo lo que pudiera tener de brillante en el ropaje, lo ha perdido al pasar, primero la frontera, y después por las pecadoras manos del traductor.

Hablo de pecadoras en cuanto al feo vicio de traducir mal.

La ejecución de *El obstáculo* tampoco ha sido buena.

María Guerrero—y primero es la verdad que la cortesía—no ha dado al personaje de Magdalena más que un canturreo insoportable. Tal vez sea porque la obra vale poco, ó porque aquella apreciable artista no es todavía, como algunos suponen, una primera actriz.

La Sra. García, que representa la madre de Fernando, es una buena característica, pero no es á propósito para el papel que interpreta.

Mario está bien en su papel de Dubois, y el joven Lacalle esta bueno como guarda jurado.

Thuillier, aparte de cierto amaneramiento, no hace un mal Fernando.

Cepillo, en clase de magistrado, nos ha demostrado que es el actor más frío que pisa las tablas, y que no adelanta nada, antes bien se ha estropeado con sus excursiones á provincias.

La Sra. Alverá, como mujer y como artista, bien. Es de lo mejor que hay en la Comedia.

Las Sras. Ruiz y Cancio merecen aplauso en sus cortos papeles.

Suponemos que *El obstáculo* desaparecerá pronto de los carteles, á pesar del cariño que el Sr. Mario (padre) tiene al Sr. Mario (hijo), cariño que solamente explica que tal comedia se haya puesto en escena.

En Eslava se ha estrenado con aplauso una zarzuela, letra de Fiacro Irayzoz, música de Jiménez.

Puede pasar; sobre todo si se tiene en cuenta que la interpretación, á cargo de los Sres. Sigler y García Valero, es acertada. Y llamo la atención de mis lectores, que García Valero no es pariente mío.

En Apolo ha gustado mucho *Los aparecidos*, juguete cómico, letra de Arniches y Lucio, música del insigne maestro Caballero.

La obra, aunque de poca novedad, tiene gracia. Julián Castro, San Juan y la Vidal, están bien. Luisa Campos y Riquelme, regular. Rodríguez, como siempre, hecho un clown.

Y sus payasadas podrán gustar á las *demi-mondaines* (yo también sé francés, Sr. Mario) que van á Apolo á última hora con fines más ó menos líricos, pero son impropias de un teatro y de un actor que se estime en algo.

CARLOS DÍAZ VALERO.

LA GOTA DE AGUA

Si horada las montañas de granito agua que va cayendo gota á gota, no extrañarás que considere rota la dulce flor de nuestro amor bendito.

Convirtiendo una falta en un delito la sociedad, que estúpida alborota, gota de infamia, que jamás se agota, lleva hasta ti con murmurar maldito.

Tú, que una niña, como un ángel eres, que no me olvidarás, mil veces juras, jurando y perjurando que me quieres; yo quisiera creer lo que aseguras; pero sois blanda cera las mujeres, y el agua ablanda hasta las peñas duras.

JOSÉ LURBÁN OROZCO.

LOS MAMARRACHOS DE HOY

Yo estaba en la peluquería de Almeida, muy arrellanado en una butaca, mientras Antonio hacía que me afeitaba una barba que no me ha acabado de salir; y estando en esa faena, oímos un vozarrón que preguntaba si había mucha gente por despachar. Volví la cara, y vi la de un caballero que se asomaba por la baranda del balcón, pero de fuera á dentro, de modo que tenía en vilo el cogote; y era que por no incomodarse en subir la escalera, porque tiene que hacerlo á gatas, se había asomado á hacer la interpelación. ¡Hombre más singular! Su cara parece una pandereta. No se la enjabonan con brocha, sino con una especie de escoba. Mientras le hacen la barba, tiene que recoger las piernas para que los pies no le tropiecen en la pared. Esos pies son de lo que no se ha visto en el reino. Se los calza con botas de becerro, y viene saliendo á becerro por chanclo de bota. No sería posible echarles medias suelas, porque cada media equivaldría á varias enteras de las que gastan los hombres de estatura natural. En fin, la madre del caballero tardó una semana en parirle cada uno de los pies... ¿Lavárselos? ¡En el mar!

Llevaba mucha prisa.

—Oiga Ud., Almeida, aféiteme Ud. enseguida, desde ahí mismo. Salgo para provincias. Quiero evitarme mañana la pedrea del Carnaval.

Supé entonces que, bien sea porque realmente lo creyera así, ó por broma carnalesca, el vecindario se figura estos días que aquel hombre anda en zancos, y le sigue, y le grita, y le tira chinitas.

¿Es posible? Y tanto. En este pueblo, que tiene á las puertas del Buen Retiro un ferrial de aldea; en esta ilustre villa con puestos de cacahuetes y castañas pilongas, no ha muerto aún el Carnaval, como no han muerto tampoco las salvajadas de Noche Buena, las verbenas, los paseitos por San Antón en la calle de Hortaleza, etcétera, etcétera.

El Carnaval es sencillamente una grosería que no se hace hoy en ninguna ciudad culta. El Carnaval *antidiluviano*, según lo remota que es la leyenda, celebrado en Venecia entre góndolas y flores, estaba bien. El Carnaval en Madrid, á fines del siglo xix, es asqueroso y estúpido.

Todavía se comprende el baile de máscaras en la Zarzuela ó en la Alhambra, porque la careta tapa el pudor de algunas buenas muchachas, guapas y honradas, que quieren *casarse*, y mientras... se dejan *bailar*. Hay madre que acude á tales bailes con una procesión de hijas. Con nueve entró en el de Escritores y Artistas una respetable señora.

—Es una familia de Isidras prematuras,—me dijo un amigo.

—Sí será; pero más parece una casa de niñas de provincias trasladada á Madrid.

Lo que no se comprende es el Carnaval en la calle, el Carnaval grotesco, sucio, tonto, que estorba el paso y entristece el espíritu.

¿Puede darse algo más ridículo que la interminable hilera de coches que van al Prado, tardando á veces una hora en recorrer un trayecto en que se emplea á lo sumo cinco minutos? Hace falta ser musulmán para estar en un coche parado, como si fuera una jaula, mirando por una ventanilla al idiotismo con cara de máscara.

Y esas «máscaras» son burdas, pringosas, y á veces pornográficas. En Inglaterra las llevarían á la cárcel; en Francia las quitaría de en medio el barrendero; porque afean el decorado público, lastiman la moral, y estorban al transeúnte. ¡Un centenar de mamarrachos... que se visten de hembras, y de mujeres descocadas que se visten de hombres y salen por ahí, indecentemente trajeados, á dar lata cuando no á proferir aullidos salvajes y palabrotas soeces; y una turba de estudiantinas, que por lo general tienen de todo menos de estudiantes, que salen también á por-diarsear un perro chico!..

La culpa es del público que los tolera, de este público resignado y *bragazas*, que sigue por tradición comiendo buñuelos de viento el día de todos los Muertos..., mazapán por Nochebuena, rosquillas del santo en San Isidro, y que casca piñones en el campo del Moro y engorda con las bellotas del Pardo.

Hubo un gobernador, no recuerdo cuál, que quiso acabar con estas fiestas imponiendo á la careta una contribución de medio duro. Aquel año aumentaron las máscaras. Difícilmente se hallaría un asno que cambiara su hocico por la cara de un hombre, si le pidieran diez reales de contribución. Pero el hombre es el animal más modesto; da con gusto diez reales por parecerse á un burro ó á un mono.

El *ajusticiado* Zarzuela hizo al subir al patíbulo la mejor sátira que he leído contra el Carnaval.

—Tú—dijo á Lamela—vas de torero; yo voy de máscara...

Al patíbulo merecía ir el Carnaval madrileño: por tonto.

ARAMÍS.



Francisco Goya y Lucientes lo pintó.

J. LAURENT Y C.ª, FOTOG.—MADRID.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA. — ESCENA DEL MIÉRCOLES DE CENIZA EN MADRID.

(Cuadro original que existe en la Real Academia de San Fernando.)



de Courcelles temeroso de tropezar con el petardo, que un periodista humorístico ha dicho proponíanse colocar los anarquistas á la puerta de la Embajada de España.

En realidad, este progreso que pretenden imponernos con triquitraques, va á acabar con nuestras vidas á fuerza de emociones, antes de que podamos gozar del grato regalo de una existencia sin Gobierno.

Y á la vez da lugar á que los filósofos prudonescos maldigan de la ciencia y sus inventos, enderezando discursos por el estilo del que decía: «Ese soplo científico apagará tarde ó temprano las tranquilas dichas del

espíritu, acabando con el poema que consuela, con la novela que es el ensueño, con el teatro que es el olvido. Si: toda esa explosión de ciencia lleva derecho al aplastamiento de todo lo que constituía antes la vida moral del hombre.»

¡La moral! Nunca se ha hablado tanto de ella como ahora. Un marido... consentido, al cabo de cuatro años se acuerda de vengar su honor matando al amante de su esposa, á pesar de que contribuía con su peculio á sostener los gastos de la sociedad conyugal. La moral no aparece en esta sangrienta escena, representada en un hotel de Cannes; pero mucho será que el respetable cóncave de maridos que constituye el jurado, no absuelva al tardío vengador de su honra, por respeto á la corporación.

Mister Deacon comparte con Anastay los honores de la actualidad. Otro caso de



LUIS ANASTAY

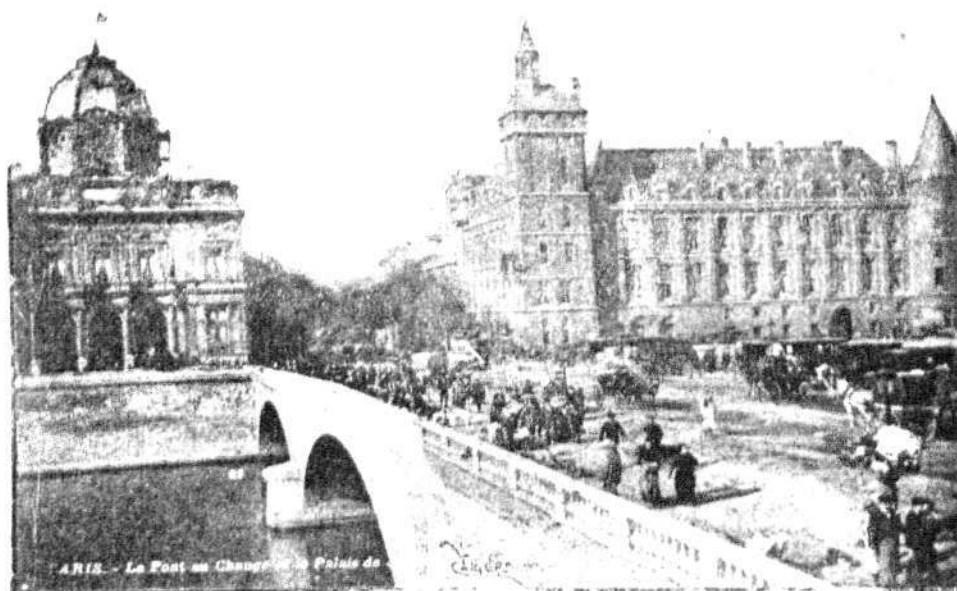
(Fotografía enviada por nuestro corresponsal.)

moral que los psicólogos á la violeta discutirán durante varios días, hasta que otro struggleforliferó venga á sustituirlo en la senda que conduce á la Roquette. «En la situación en que me encontraba, no tenía más remedio que suicidarme ó que matar; y opté por lo segundo.» A esta declaración, cínica y brutal, que Anastay ha hecho, llámasele ¡la lucha por la existencia! La lucha por una existencia grosera, mezquina, limitada

á usar camisas de seda, jabones de olor, pomada en el pelo y requebrar camareras de *brasserie* ó suripantas de ojos extraviados y conducta no más recta. Miserable en el vicio y en el crimen: tal es la característica del triste héroe que hoy ocupa el banco de la *Cour d'Assises*.

Su retrato físico va en estas columnas; su retrato moral ha sido reproducido cien veces por los detalles de sus declaraciones publicadas en la prensa diaria. Uds. no habrán logrado descubrir en ellas nada que salga de la vulgaridad; sin embargo, yo daría cualquier cosa porque ustedes pudiesen leer lo que escribirán mañana los *chroniqueurs* á propósito del asesino del boulevard del Temple. Fisiología y psicología, terapéutica, sociología, todo saldrá á relucir con motivo de este triste pero relativamente insignificante incidente. Es que el prurito de «hacer nuevo» lleva á las más extrañas exageraciones. Recuerdo que en ocasión de otro crimen tratóse de buscar el origen de la impulsión homicida ¿dónde dirían ustedes? En el influjo de una obra de Zola. Así, como suena.

Abadie y Gille asesinaron á una tabernera en Montreuil, sencillamente para robarla sus ahorros. Los asesinos habían trabajado como comparsas en el *Assommoir*, que acababa de representarse en el teatro del Ambigu. Algunos articulistas, de deducción en deducción, llegaron á probar que Gille y Abadie, á fuerza de observar en la escena la odiosa situación que los taberneros representan en la sociedad, sintiéronse poseídos por un tedio irreconciliable contra la corporación. Los taberneros envenenan y matan al pueblo, pues matemos á los taberneros. Esto debie-



VISTA DE LA CONSERJERÍA

ron decirse ambos criminales, en opinión de los que comentaban el caso, como el articulista del *Evenement*:

«Moraleja del teatro naturalista: Hase descubierto que los dos asesinos de Montreuil, presos ayer, han tomado parte en las representaciones del *Assommoir* en calidad de comparsas. ¡Ah! Mr. Zola puede hablar-nos de la «amplia evolución»; ¡su escuela ha producido ya sus frutos! ¡Figurar en el *Assommoir* y asesinar...! ¡Esto es el colmo del naturalismo!»

Zola contestó también en la prensa ingeniosamente á este cargo:

«No creo que jamás se haya escrito nada más cómico que aquello de «su escuela ha producido ya sus frutos. ¡Es un poema! Lo que le ha faltado decir al redactor, es que los dos asesinos vinieron á consultarme antes de ir á Montreuil. Yo debía esta confesión á la justicia, y la hago en honor á la verdad.»

Cada vez que veo mezcladas las fórmulas más sabias con estos accidentes vulgares, tan sólo por procurarse un poco de originalidad, no puedo menos de acordarme de la anécdota del *Assommoir*.

Pero en el Palacio de Themis pasa todo. Los fueros sagrados de la defensa pueden transpasar impunemente los linderos del sentido común, con tal de que la imbecilidad favorezca los intereses del reo. Así nos han enseñado que es la justicia, y así anda ella administrada. Las deducciones más estrambóticas pueden engendrar una opinión en el Jurado; y bajo el pretexto de que sus juicios no tienen que ser motivados, pues la ley les pide únicamente su «convicción íntima» de la inocencia ó la culpabilidad, la mayor parte de estos «jueces de sentimiento» se creen dispensados de razonar.

El Jurado parisiense ha dado en varias ocasiones pruebas de que, si juzga por sentimiento, inspirase casi siempre en sentimientos personales, egoístas. Entre nosotros ya es cosa corriente prever con escaso error el resultado final de la mayoría de los procesos. Si el delito es de tal naturaleza que un día los respetables jueces pueden ser víctimas de otro semejante, el Jurado se muestra inexorable. En esta categoría figuran los ataques nocturnos, los robos, la infidelidad de los empleados, los abusos de confianza, las falsificaciones de firmas y documentos comerciales; en una palabra, lo que más atañe á la honorable burguesía. Pero en crímenes como los abortos, los infanticidios, los ataques á funcionarios públicos y los que se han dado en llamar crímenes pasionales, ó historias de amantes, que no se relacionan sino vagamente con su manera de ser, que difícilmente podrá conducirlos á situaciones semejantes, sus veredictos son sorprendentes por lo benévolo. El más repugnante egoísmo preside en sus decisiones. Hay jurado que perdona á un asesino y niega la más insignificante atenuación al hortalero que ha hurtado un centenar de francos del mostrador.

Así suelen jugar con ellos las eminencias de este foro, acreditado por el más fino y «espiritual», citándose, entre otras anécdotas famosas, la ocurrida con el eminente Lachand. Defendía éste á un homicida, un pobre diablo contra el cual habíase mostrado impertinente y cruel el Presidente del Jurado en el curso del interrogatorio; y al llegar el momento de pronunciar su discurso, el ingenioso Abogado dirigióle toda la primera parte, sin quitarle la vista, como si hablase sólo para él. El jurado permanecía impasible, sin contraer un músculo de su fisonomía. Lachand, durante el curso de su argumentación, observa que un rayo de sol viene á molestar al severo juez, iluminando su grisienta calva. De repente interrumpe su oración, y dirigiéndose al magistrado que presidía el Tribunal, le dice:

—Señor Presidente, estoy seguro de que el jurado que tengo enfrente le agradecería á Ud. tuviese la amabilidad de mandar que corran la cortina de la ventana que se halla encima de su banco.

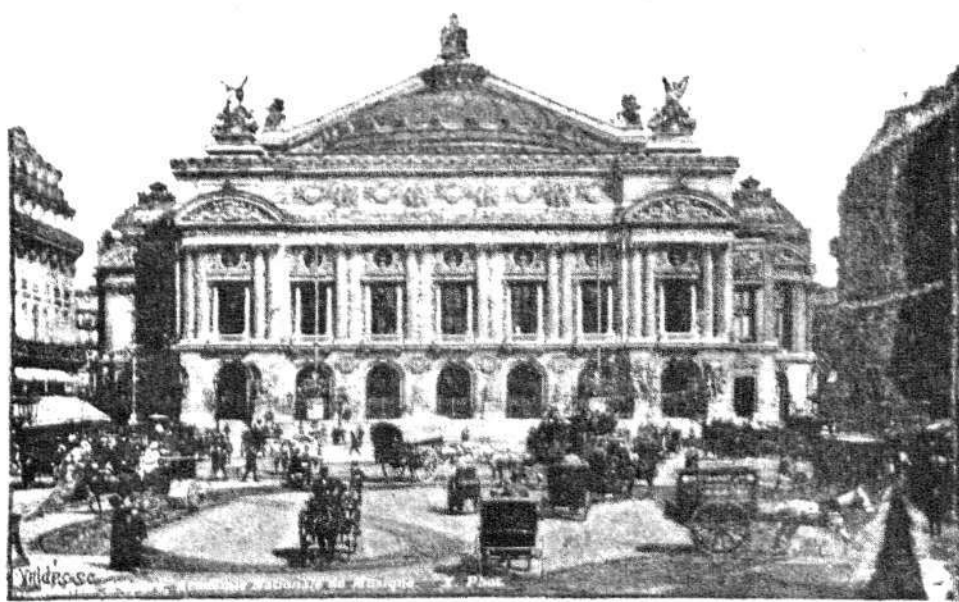
Sea ó no casualidad, lo cierto es que el homicida resultó condenado al mínimo de la pena; y los chismes de bastidores propalaron que el jurado calvo había luchado más que ninguno para que se apreciase todas las circunstancias atenuantes.

¿Vendrá otro rayo de sol á salvar á

Anastay de la guillotina, ó saldrá de la Conserjería y cruzará el puente *au Change* para esperar en la Roquette la siniestra visita de Deibler?

Mientras esta fúnebre ceremonia llega, París se prepara para otra de muy distinto género, que tendrá efecto en el teatro de la Opera la noche del 29: el centenario de Rossini.

Rossini había adquirido, como Meyerbeer, carta de naturaleza en el boulevard. Al conmemorar su nacimiento, París considera que se trata de uno de sus hijos. Las anécdotas sobre su vida llenarían un libro, reflejando el escepticismo genial del maestro, que alardeaba de tener en más aprecio el invento de su receta para guisar los macarrones que toda la gloria de su *Guillermo Tell*. Los que le conocieron, refieren que su eterna burla no cesaba sino cuando entraba en su casa, y despojándose de la peluca, que sustituía con un pañuelo anudado en el cogote, hundíase en la amplia butaca, refiriendo las aventuras de su juventud; de aquella juventud de músico ambulante, de lucha contra la miseria, de cándido enamorado de aquella mujer que le inspiró el *Barbero* y personificó en Rossina. La obra de una docena de días, que venció á Passiello y que reinará tanto cuanto los hombres gusten de oír música. Aquel glotón divino, en medio de una existencia regalada, murió de hambre, atenaceado por los horribles dolores de un fuego interior que le devoraba.



VISTA DE LA ÓPERA

La Grande Opera se propone solemnizar la fecha de 29 del Febrero con *Guillermo*. Si á la sombra de Rossini se le ocurre hacer una visita al teatro, saldrá profundamente desconsolada. No hay dinero peor empleado que los 800.000 francos con que el Estado subvenciona á la Academia de Música, la mayoría de cuyos artistas se les antojan á Uds. endeble en el Retiro ó en la Alhambra.

Ver reducido el grandioso monumento elevado al arte musical francés á tan precaria situación, causa lástima. Es como construir una jaula de oro para encerrar gallos. Desde los memorables tiempos del teatro italiano, París no ha vuelto á oír interpretar música. Parece ser que la protección de *il bel canto* era uno de los delitos que se le atribuían al Imperio; así es que los buenos patriotas mandaron á reunirse con la Emperatriz á los que durante quince años habían suavemente ofendido los oídos de los integérrimos republicanos.

Y el soberbio monumento, con sus riquezas atesoradas, concluye por ser destinado á las *matinées* populares, que convierten la Grande Opera en un teatrillo de barrio. En esta invasión hay algo de sensible para nosotros; muchos ignoran que el rico brocatel que tapiza los palcos y antepalcos, las colgaduras y cortinones fué fabricado y adquirido en España por encargo de la Emperatriz Eugenia, quien después de aprobar en los planos la magnífica entrada particular abierta para ella y su esposo, no ha podido visitar nunca el teatro. La fortuna le reservaba ser actriz en otros dramas más llorados que cantados.

L. ARZUBIALDE.

Paris 25 de Febrero.



REPRODUCCIÓN EN TAMAÑO NATURAL
DEL CUCHILLO DE ANASTAY

(Fotografía enviada por nuestro corresponsal)

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Los muelles de Bercy.—Damos hoy, á título de curiosidad, una vista de los muelles de Bercy, que, desde que existen aca-so, jamás se vieron tan atestados de mercancías como ahora.

El establecimiento de las nuevas tarifas en las relaciones comerciales entre Francia y España, venían á recargar desde primero de Febrero, como ya saben nuestros lectores, los productos de ambos países, principalmente nuestros vinos.

Aunque las gestiones diplomáticas parecían ofrecernos un convenio provechoso, ó por lo menos una prórroga *à medius vivendi* hasta el primero de Julio, nuestros viticultores no se fiaron, é hicieron bien, de vanas palabras; y, envasando sus caldos á toda prisa, dirigieron por todas las líneas marítimas y férreas la cosecha última, con objeto de que atravesara las fronteras antes del plazo fatal.

El resultado ha sido sorprendente por la actividad desplegada, y monstruoso por las enormes cantidades de mercancías exportadas é importadas á plazo fijo.

Uno de estos aspectos lo ofrecen los muelles de Bercy (París), donde se ven acumuladas á millares las pipas de vino, sin que sea materialmente posible hacer lugar y sitio á tanta y tanta remesa como se ha acumulado allí.

De fijo que, el Sena, no lleva tanta agua en un año, como vino se ha almacenado en sus orillas en estos últimos meses de Enero y Febrero.

Veán ustedes el resultado de las negociaciones diplomáticas:

¡La mar de vino!

Excmo. Sr. D. A. Canovas del Castillo.—En otro lugar de este mismo número verán nuestros lectores el notable y genialísimo estudio biográfico que ha hecho del Sr. Cánovas el primero de nuestros poetas pensadores.

El Carnaval de antaño.—Nada mejor, para conmemorar las fiestas que en estos días se celebran, que reproducir los cuadros en que nuestros más célebres y afamados pintores han simbolizado gallarda y artísticamente el Carnaval.

El cuadro del inspirado pintor Sr. Lizcano representa el Carnaval de ayer, el del Madrid viejo, con sus majos y manolas y sus estudiantinas ó *tunas* de verdad, no amañadas con impro-

visados disfraces. Esas capas y manteos no son de luciente percal, como las que ahora se usan, sino el traje diario de las aulas que cada cual se vestía al comenzar los estudios, y ya no se abandonaba en ocasión ninguna hasta haberse graduado en Derecho ó Teología.

Helos ahí alegres y bulliciosos, sonando las panderetas y rascando las guitarras, sin previos ensayos ni estudiadas actitudes; pues esos instrumentos les son más habituales que las adormecedoras obras de texto; y si en las cátedras al dar cuenta de sus lecciones se detienen confusos y tartamudean los rebeldes conceptos, las coplas que ahora entonan fluyen á sus labios, llenas de gracia y donosura, con tanta verbosidad que nadie diría que son pensadas y cantadas á un tiempo mismo, y con cualquier motivo.

Ved el apuesto postulante cómo seduce con su copiosa charla á las vistosas y bellas majas á quienes, entre flores y piporopos, arrancan con mil amores unos cuantos maravedises.

El cuadro del Sr. Lizcano es tan hermoso, está tan magistralmente ejecutado, que su vista recuerda, involuntariamente, los clásicos sainetes de D. Ramón de la Cruz, en cuyas escenas se halla contenido y encerrado el pueblo español de fines del pasado siglo, con todas sus costumbres y varoniles defectos.

El Carnaval de hogaño.—¿No conocéis el lugar de la acción?

A la izquierda se levanta la verja de hierro del llamado palacio de Indo, en tanto que á la derecha se extiende la doble calle de árboles del paseo de la Castellana, á la sazón cuajado de numeroso gentío y de triple hilera de carrajes.

En el centro, y en el segundo término, se divisa una estudiantina que marcha con aire marcial al son de sus instrumentos de cuerda; y formando el asunto del cuadro se presenta una familia de alta posición social que, al ir á tomar asiento en su carruaje, se ve detenida por un gentil postulante á quien una de las damas entrega una moneda de oro ó plata.

¿Quién se acuerda en ese instante de la pobre y desgraciada mendiga que se halla á la izquierda sentada en la tierra y con un niño de pecho en los brazos?

El pensamiento de este cuadro es conmovedor; es una sangrienta ironía al Carnaval; su autor, D. José Oliva y Rodrigo, parece haber querido dar á la sociedad una broma pesada, pues no hay duda de que á pesar de los carnalescos disfraces de algunas figuras, la risa se trueca en lágrimas, viendo

cómo la vanidad abre su bolsillo y lo vacía ante el almidonado pediguño, y vuelve las espaldas á la ancianidad y á la infancia, que lloran, hambrientas y desnudas, su perdurable desgracia.

En cuanto al estudiante, ¿no es cierto que está ejecutado con tal maestría que bajo sus manteos se adivina el elegante frac, y en su actitud se revela ya un consumado maestro.... de los salones de buen tono?

El entierro de la sardina.—El genio de Goya lo ha tocado todo, y en todos los géneros pictóricos ha rayado á una altura que muy pocos le igualan.

Asuntos religiosos, retratos, arte decorativo y ornamental, histórico, fantástico, patriótico y costumbres populares.

A este último género pertenece el que hoy publicamos, y que figura una grotesca y estrambótica mascarada del Miércoles de Ceniza, con que el pueblo de Madrid acostumbra á celebrar el tradicional *entierro de la sardina*.

La escena se desarrolla en el Canal, sitio obligado para esta ceremonia, en la que el vino es el principal protagonista.

El es quien anima ese grupo que baila y brinca frenéticamente, y el que hace echar al aire las piernas de ese par de mozas mal halladas en tal ocasión con la estrechez de sus faldas.

En torno, grupos de gente alegre y decidida, comen y beben sentados en el suelo, de donde al fin se habrán de levantar trabajosamente, perturbados por tan repetidas libaciones, con las que, más que la santidad del día, parecen conmemorar las incontinencias del mitológico Baco.

Tal es el entierro de la sardina.

Un pretexto para comer, bailar y ahogarse en vino.

¡Y menos mal si no acaba en *tragedia*!

ADVERTENCIA.—Los originales que se reciben para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

OTRA.—De los libros que se reciban en esta Redacción nos ocuparemos, siempre que lo creamos conveniente, en la sección abierta con este fin.

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

SASTRERÍA

No hay en todo Madrid quien pueda competir en precios de trajes, capas, gabanes é impermeables de caballero y niño con la de

Victor González, Carretas, 45.

Especialidad en la confección de pantalones de todas formas.

45, Carretas, 45 — MADRID

HISTORIA de la HUMANIDAD

Se sirve por cuadernos de á 50 céntimos de peseta y en tomos encuadernados.

ES DIGNA DE SER VISITADA la notable y original Exposición de **Plantas, Flores y Coronas**, de **G. Kuhn**, en seis salones de los pisos principales de **Cruz, 42**.

La fabricación de coronas de esta casa, dedicada en grande escala á las de carácter oficial, supera y aventaja con mucho á las que de París y Viena traen las Funerarias. La construcción en porcelana á la medida de nichos y coronas, es de indudable mérito y única en España.

PASTILLAS BONALD

CLORO-BORO-SÓDICAS Á LA COCAINA

Son el mejor medicamento que se conoce hasta hoy para la curación de las Enfermedades de la boca y de la garganta

Los médicos las recetan, y el público las busca y distingue de los plagios. Se venden al precio de **DOS pesetas** caja en la farmacia del autor, Gorguera, 17, y en todas las de España.

EN PREPARACIÓN

La Casa editorial de la Sra. Viuda de Rodríguez publicará muy en breve la preciosa novela titulada

PÁGINAS DE SANGRE

HISTORIA DEL SALADERO

por **F. Morales Sánchez**, ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio histórico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un rey de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juristas; con un estado alfabético de los 649 desgraciados que, sólo procedentes de las Cárceles de Madrid, han subido al cadalso en lo que va de siglo.—Oportunamente anunciaremos á nuestros lectores las condiciones editoriales de tan interesante obra.

Violette
PERFUMERIA
Alcalá, 45. Madrid

Al que compre almanaque de pared ó bolsillo, recomendamos pida los del verdadero ZARAGOZA D. Mariano Castañillo y Gascero, por ser los más baratos y artísticos de cuantos se publican.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

PÍLDORAS LOURDES

TÓNICO-GENITALES

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.—A media y una peseta la caja.

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.—A una peseta caja.

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.—Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.